

SERMON  
DE SANTA CLARA VÍRGEN.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

DE LA NECESIDAD Y POSIBILIDAD DE LA ABNEGACION PROPIA.

*Si quis vult post me venire, abneget semetipsum.*

Si alguno quiere seguirme, renúnciese á sí mismo.

*S. Mat., c. 16. v. 24.*

Esta sola máxima del Evangelio, hermanos míos, comprende todas las máximas del Evangelio. En ella están comprendidos todos los preceptos; en esta sola virtud está el lleno y la abundancia de todas las virtudes; aquí está el único medio de santificarse y de llegar á la perfeccion; el primer paso y el último en el camino de la salvacion eterna; lo que la gracia pide á los que empiezan, y el último esfuerzo de la gracia en los mas perfectos. *Renunciarse á sí mismo.* Ved aquí lo que no pensaron enseñar jamas los filósofos y grandes políticos en sus academias y escritos: lo que el mundo hubiera rechazado siempre á no haberlo recibido de la boca del mismo divino Redentor. Jesucristo nos lo enseñó en la simplicidad de sus discursos, y no nos queda lugar á dudarle: si queremos seguir á este divino Maestro, es necesario renunciarnos á nosotros mismos.

Hoy recordamos las glorias de santa Clara, de esa ilustre vírgen que lo renunció todo; abandonó las comodidades y riquezas, se hizo penitente y pobre por Jesucristo; dejó la casa de sus padres y siguió al Cordero sin mancha en la simplicidad de su corazon; fué el ejemplar y asombro de pobreza; pero fué mas grande y mas admirable aún por la renuncia que hizo de sí misma; porque hizo una entrega absoluta de su corazon

á su Dios, y no tuvo otros pensamientos, otros deseos, ni otros afectos que el servir á su Dios. Sin este todos los demas sacrificios hubieran sido inútiles; pero unidos al sacrificio del corazon, á la entrega de sí misma, á la renuncia de su propia voluntad, toman todos un valor inmenso y hacen que siendo toda de Dios y para Dios, Dios tambien sea suyo y se la comuniquen sin reserva. Por eso fué santa y la veneramos en nuestros altares. Pero no hay otro camino tampoco para llegar á la santidad; no hay otro camino que conduzca al cielo, ni se puede seguir á Jesucristo sino renunciándose cada uno á sí mismo: el seguir otra senda no es ir por el camino de Jesucristo. Nuestro amor propio y nuestras inclinaciones viciadas se resienten; el entendimiento y la razon se alborotan contra esta ley; pero es ley de Jesucristo, es ley necesaria para todos los cristianos; para los que viven en el mundo y para los que se ocultan en los claustros; para los sacerdotes y los legos, para los ricos y los pobres; para todo el que quiera seguir á Jesucristo y conseguir la salvacion de su alma.

¿Queremos eximirnos de esta ley como no necesaria para nosotros ó como imposible de practicar? Pues santa Clara nos convence con su ejemplo, no ménos de la necesidad que de la posibilidad de renunciarnos á nosotros mismos. Recordemos en su elogio esta obra grande de su generosa alma, y aprendamos en su vida, toda de Dios y para Dios, lo que tanto nos interesa, á renunciarnos á nosotros mismos.

¿Qué elogio mas digno de vos, gloriosa y esclarecida santa, puede hacerse que reducir con vuestro ejemplo á los fieles á los caminos de la salvacion, á los caminos de Jesucristo? Pero; qué mayor desgracia tambien que el quedarse en los caminos extraviados, en el apego á su propio corazon, fuera del camino del cielo, sin alentarse á entrar por él despues del importante ejemplar de esa santa! Para que obremos y nos resolvamos con acierto, pidamos al Señor los auxilios de su gracia por la intercesion de María santísima. *Ave María.*

Nosotros mismos, nuestro amor propio es nuestro enemigo. ¿Qué es pues lo que amamos cuando nos amamos á nosotros mismos? Amamos cabalmente todo lo que es contrario á la salvacion, los bienes de la tierra, los deleites sensuales, la licen-



cia, la libertad, las distinciones, los honores y preeminencias, todo lo que lisonjea los sentidos, todo lo que fomenta la concupiscencia, todo lo que corrompe el corazón, todo aquello, en una palabra, que nos desvía de Dios; el odio, la venganza, la ambición, el orgullo, y todos los frutos de nuestra concupiscencia corrompida que nos engañan, nos alucinan y nos pierden. ¿Qué es pues, y qué debemos entender por renunciarnos á nosotros mismos? Hacer una continua oposicion á las inclinaciones naturales y mortificar sin descanso nuestros apetitos y nuestros sentidos. Es vivir en guerra y con las armas en la mano, digámoslo así, contra todos los deseos, resistir á todas las malas inclinaciones, y tener sujetos todos los apetitos. ¿Y quién no ve la necesidad que tenemos de vivir en esta guerra y esta continua resistencia? ¿Quién no ve que sin esta abnegacion y renuncia de nosotros mismos caeremos con frecuencia en los mayores delitos, y que serán inútiles, vacías y sin mérito alguno hasta nuestras mismas virtudes, porque no irán encaminadas á agradar á Dios, sino á agradarnos á nosotros mismos; porque no le entregamos en ellas nuestra alma y nuestro corazón sin reserva, sino solo en la parte que á nosotros nos conviene?

En el año de 1193 nació en la ciudad de Asís de unos padres ricos, nobles y muy distinguidos por sus bienes, por sus ejemplos y por sus virtudes santa Clara, que desde antes de su nacimiento fué encomendada á Dios por su piadosa madre Hortolana. Su virtud se anticipó á su edad, y sin pasar por los pasatiempos de la niñez, ni por las distracciones de la juventud, se la vió siempre recogida, siempre obediente, devota, caritativa con los pobres, humilde y enemiga de las alegrías y vanidades del mundo. Se la vió siempre apartada de los juegos, de las diversiones y las galas del mundo. Su hermosura y sus riquezas era el conjunto mas á propósito para inspirar delicadeza y regalo aún sin salirse de los límites de lo que ordena la religion; pero las joyas y adornos de que no podia desentenderse, como propias y correspondientes á su calidad, eran para ella un tormento, y solo suspiraba por mortificarse y macerar sus carnes. Feliz madre la de santa Clara, que en vez de quejarse y tener que contener los excesos de vanidad, de lujo, de la liviandad, del orgullo y altanería de su hija, se veía en la precision de tener que corregir y contener los que en una tierna edad

podian llamarse excesos de mortificacion, de penitencia, de retiro y de desprecio del mundo.

No podian ocultarse á esta alma tan entregada á la piedad las admirables virtudes de que daba ejemplo san Francisco de Asís en su pequeño convento de la Porciúncula, y le busca, le habla, no para satisfacer una vana curiosidad, sino para consultar con él los medios de que habia de valerse para santificarse, para consagrarse enteramente al servicio de su Dios, para emprender una vida de perfeccion. Bien pronto se la vió en la iglesia de la Porciúncula, despojándose de todas sus galas, cortándose el cabello y recibiendo el grosero saco de penitencia y una cuerda con que ceñirle de mano del mismo san Francisco, en presencia de sus frailes, que entonaban las alabanzas del Señor é imploraban las bendiciones celestiales sobre aquella sierva suya. Se la vió, por disposicion del mismo santo patriarca, en la clausura de las religiosas benedictinas, resuelta á vivir muerta para el mundo y solo para Jesucristo. Sus padres, sus parientes, sus amigos, el mundo todo mira esta resolucion como inconsiderada, como un arrebató propio de una edad de diez y ocho años, como un furor religioso de que muy pronto se arrepentirá. Pero santa Clara conoció bien que no bastaba renunciar á las comodidades, á las riquezas, á los honores, á las diversiones y placeres del mundo; que no bastaba hacerse pobre por Jesucristo, mortificarse por Jesucristo, emplearse en las obras de piedad que son tanto del agrado de Jesucristo; que con todo esto y despues de todo esto nada habremos hecho, si no nos renunciarnos á nosotros mismos, si nos reservamos nuestro corazón y nuestra voluntad, si no hacemos á Dios dueño único de todos nuestros afectos y tenemos otra voluntad que la suya; y para entregarse enteramente á su Dios, para hacerle dueño de todo su corazón, huye del mundo y busca en el retiro, en la pobreza y la penitencia el desprendimiento de sí misma, sin lo que todas las demas obras serian puramente humanas y vacías por lo tanto de todo valor y merecimiento: busca la renuncia de la propia voluntad y vivir bajo la regla de la mas estrecha obediencia, que es el sacrificio mas grato á Dios, el mas necesario y el camino mas seguro para el cielo.

Dispónganse enhorabuena los parientes á arrancarla por fuerza del asilo en que se ha refugiado, en que la consideran como siendo la afrenta de su casa y la mancha de su reputa-



cion. Santa Clara los hará entender que nada hay que pueda alterar su resolución, y asiéndose fuertemente al altar les dirá: *Sabed que jamás tendré otro esposo que Jesucristo, ni vestiré otro traje que este sayal de penitencia.*

Hé aquí, amados míos, el heroísmo de nuestra santa. Declararse por esposa y esposa fiel de Jesucristo, sin otra voluntad, sin otros deseos, sin otro corazón que el de Jesucristo. Hé aquí la perfección del alma cristiana, y sin lo que, como ya he dicho, no podemos dar un paso en el camino de la santidad y virtud. Tal vez no nos será poco costoso renunciar los regalos y placeres, las comodidades y riquezas, á los amigos, los parientes y á todo lo que está fuera de nosotros; aún nos costará más el renunciarnos á nosotros mismos, á nuestra propia voluntad; pero entendamos que sin esto no seguimos á Jesucristo, no agradamos á Jesucristo; entendamos, como santa Clara, que nos es necesario este sacrificio, renunciar á nuestras inclinaciones, á nuestros apetitos; que nos es necesario, en una palabra y para no molestaros, hacer á Dios el único dueño de nuestro corazón, el único esposo de nuestras almas, el único que rija y domine nuestra voluntad; y que si tenemos otra voluntad que la suya, otro esposo que no sea él, otro amor que ocupe nuestro corazón, no seremos suyos, ni podremos aspirar á su reino, bien seamos sacerdotes ó legos, ricos ó pobres, grandes ó pequeños; bien sea que vivamos en el bullicio del mundo ó que nos consagremos á servir á Dios en los claustros. Lo que Jesucristo dice á unos, nos lo dice á todos: *Quod vobis dico, omnibus dico.*

Si con su ejemplo nos convence santa Clara de la necesidad de renunciarnos á nosotros mismos, nos convence también de la posibilidad de hacerlo. Lo que esta esclarecida jóven pudo hacer á la edad de diez y ocho años ¿no lo podremos hacer nosotros después de tantos desengaños, después de tanto tiempo empleado en conocernos y no hallar en nosotros sino contradicciones, trabajos y miserias? ¿Son mayores nuestras esperanzas en el mundo, más fuertes los lazos que nos unen á nuestros parientes y nuestros amigos, más grandes y costosos los sacrificios que tenemos que hacer? Y ¿qué idea tan tétrica y melancólica es la que nos formamos de un alma que no ama sino á Dios, que no tiene otra voluntad sino la de su Dios, que vive en una guerra contra sus enemigos y en una vigilancia

continua sobre sí misma para no desagradar á su Dios, que hace una entrega absoluta y completa de su corazón á su Dios? ¡Ay, hermanos míos! El Señor mira y reconoce á estas almas como suyas y muy pronto las llena de bendiciones y consuelos. Quince días no había estado en el monasterio santa Clara, cuando vino á buscarla y acompañarla en su nueva vida su hermana Inés. Reparó san Francisco la iglesia de san Damian que estaba arruinándose, y compró la casa contigua á donde trajo á sus dos hijas, y á estas se unieron muy pronto la misma madre de santa Clara y su hermana Beatriz, otras doce señoritas jóvenes que hicieron sus votos monásticos en manos del mismo san Francisco, y á ejemplo de estas se extendió con celeridad por todas partes la orden de religiosas de santa Clara, que tantos ejemplos de virtud ha dado y está dando al mundo y tantas santas al cielo. Santa Clara fué elegida por la madre y superiora; pero no cuidó sino de inspirar en sus hijas el espíritu de pobreza evangélica, de abnegación y desprendimiento, el espíritu de amor á Dios y solo á Dios, que ardía en su corazón.

Yo no me detendré á manifestar aquella prudencia con que supo gobernar, aquella humildad con que se ocupaba en los oficios más viles y despreciables, el esmero con que servía á las enfermas, las grandes prendas que la hicieron ser una prelada ejemplar y perfecta, y ciñéndome á mi propósito os diré, que nos engañamos en el juicio que formamos de los siervos de Dios; que viven en el mayor gozo y alegría de sus almas, que entregadas enteramente á su Dios, Dios la posee, las ocupa, las llena, las dirige; Dios las ama y ellas aman á Dios. No extrañemos ya las penitencias espantosas, las vigiliias, las noches empleadas en oración, el amor á los trabajos y aflicciones, la pobreza y cuanto nos ofrece de grande la vida de santa Clara. Se renunció á sí misma y entregó todo su corazón á su Dios, y de aquí nacían aquellas austeridades, aquellas humillaciones, todo cuanto sabía y conocía que podía ser del agrado de Dios. Se renunció á sí misma, se entregó á su Dios, amó con todo su corazón á su Dios, y Dios también la amó como esposa suya, y de aquí tantos consuelos y dulzuras interiores, tantas comunicaciones; el gustar anticipadamente en la tierra las dulzuras del cielo; de aquí el fervor en la oración, el gusto en padecer, la prontitud para las cosas santas, el celo en emprender la propagación de su orden, la ternura con que amaba á María sanlisi-



ma, la gran confianza en Dios con que tomando al santísimo sacramento en sus manos, imploró su auxilio en los momentos en que los sarracenos, enemigos de su Dios y de su patria, iban á penetrar en su convento, y los puso en desconcertada fuga.

Confesemos pues, en vista del ejemplar de santa Clara, que no solamente es posible con la ayuda del Señor el renunciarnos á nosotros mismos, sino tambien gustoso, deleitable; que ningun uso mejor podemos hacer de nuestro corazon que entregarle todo entero á Dios, que Dios nos paga con usuras el amor que le consagramos, y que nada podemos ni debemos apetecer mas que el ser correspondidos por un Dios que se digna aceptar el sacrificio que le hacemos de nuestro corazon, sin necesitar de él mas que para llenar su inmensidad y hacerle eternamente dichoso.

Sea el que fuere nuestro estado y nuestra condicion, convenzámonos y conozcamos la necesidad que tenemos todos de renunciarnos á nosotros mismos aun viviendo en el mundo, y que sin esto, sin declarar la guerra á nuestras pasiones y apetitos, sin entregar todo nuestro corazon á Dios y hacerle dueño absoluto de nuestra voluntad, son inútiles todos nuestros sacrificios y estériles todas nuestras virtudes. Conozcamos con el ejemplo de nuestra santa, que no solo es posible sino fácil con la ayuda del Señor, y que dando este primer paso en el camino de la santidad, seguiremos hasta la perfeccion y el Señor nos llevará por los caminos de su Providencia de virtud en virtud, no solo sin que nos fatiguemos sino llenándonos de las dulzuras de su amor. Resolvámonos á renunciarnos á nosotros mismos y á seguir á Jesucristo.

Vosotras sobre todo, las que os gloriais del título de esposas suyas, las que teneis la dicha de seguir la regla y la senda que os dejó marcada vuestra madre santa Clara, entended y recordad que á la renuncia que habeis hecho del mundo, de sus pompas y vanidades, de sus placeres y espectáculos, de sus riquezas y esperanzas, debeis añadir la renuncia de vuestro corazon, haciéndoos todas de Dios y no teniendo ni queriendo otra cosa que lo que Dios quiere y pide de vosotras: que no os basta el ser pobres, si no o sois por Jesucristo y si sois dueñas todavía de vuestros afectos, y no habeis renunciado á vuestras inclinaciones, á esas propensiones con que nos torcemos á la ira, á la impaciencia, al pecado. Bien puedo deciros hoy como el Após-

tol á los primeros fieles, que habitais en medio de una nacion inicua que cuenta vuestros pasos, que observa vuestras acciones, que todo lo ve y que nada os excusa. La honra de la religion está en vuestras manos; sean vuestras costumbres, como lo han sido hasta aquí, su mayor elogio, y que se vean precisadas á enmudecer tantas bocas temerarias que se han abierto para blasfemar atrevidamente de la religion y de la gracia que os ha llamado á servir á vuestro Dios en el silencio del claustro. Gloriense de empobreceros, de humillaros, de presentaros como inútiles y despreciables, de abriros las puertas para que apostateis y volvais al mismo mundo que renunciasteis, pero que no se apague en vosotras el espíritu de santa Clara. Que no puedan gloriarse de trastornar vuestro corazon y de que hagais traicion á vuestro Esposo, y deis lugar en vuestras almas á otros afectos ni deseos que los de servir y agradar á Dios. El Señor os fortalecerá para sufrirlo todo, y santa Clara intercederá para alcanzaros la paciencia y las gracias necesarias (1).

Santa gloriosa, que despues de una vida llena de virtudes y una muerte pacífica, ejemplar y llena de incendios de amor divino, gozais la recompensa debida á vuestros merecimientos, rogad por nosotros; alcanzadnos del Señor el que sepamos servirle y agradarle; el que nos esforcemos todos con vuestro ejemplo á renunciarnos á nosotros mismos y seguir á Jesucristo por los caminos de la virtud, hasta uniros con él y bendecirle con vos en la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

(1) Este párrafo podrá omitirse si no se predicase en convento de religiosas de san Francisco.